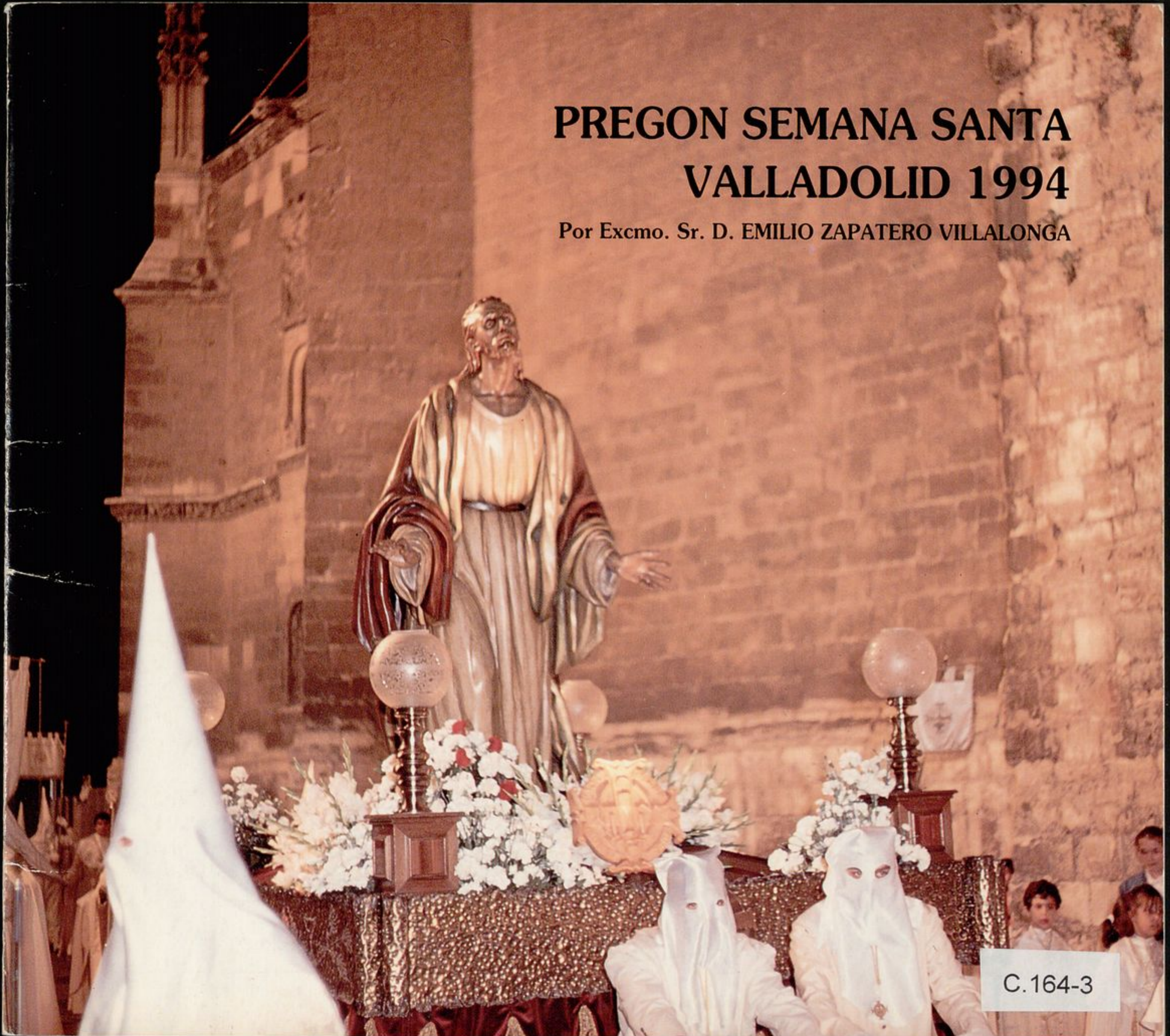
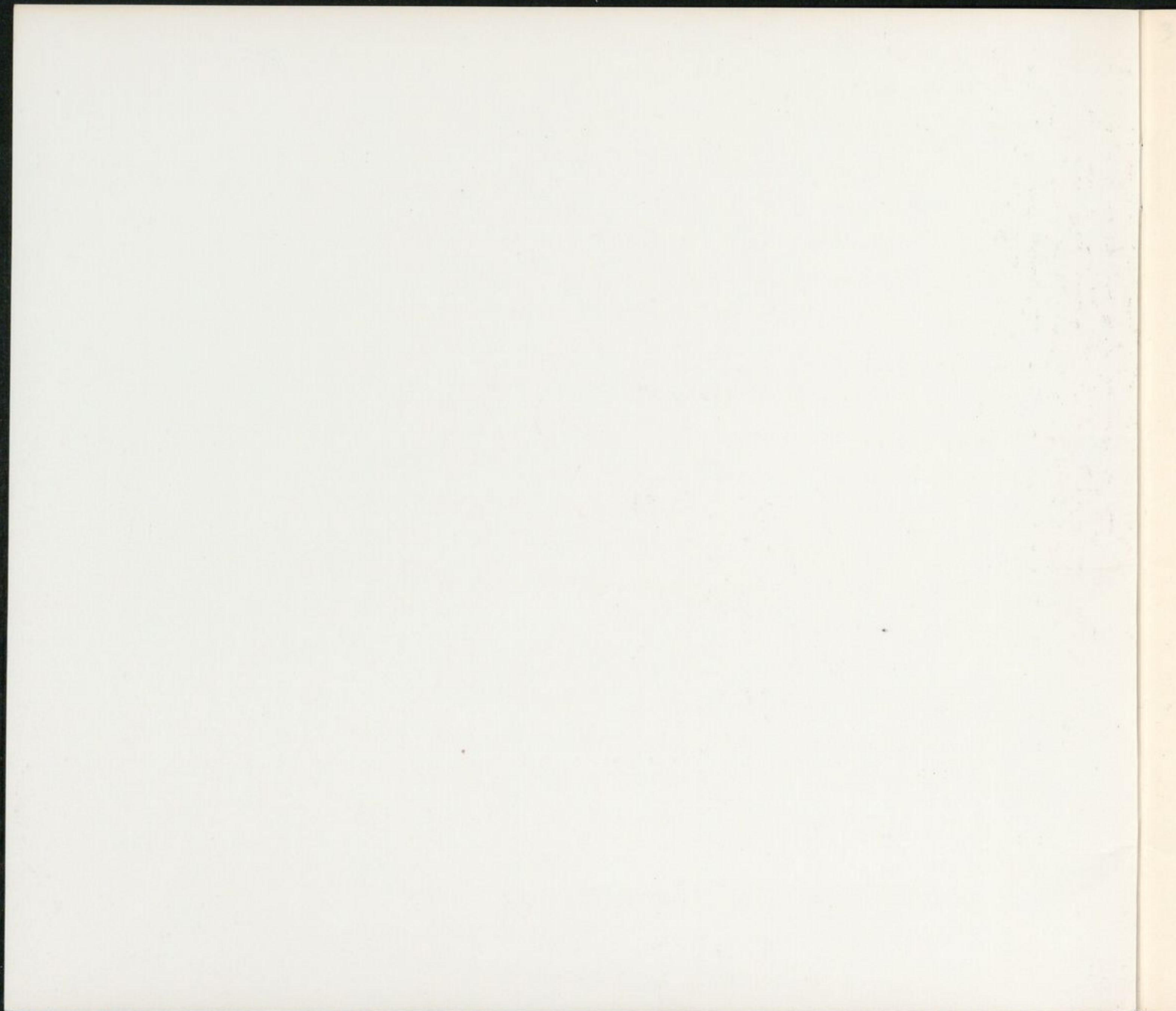


PREGON SEMANA SANTA VALLADOLID 1994

Por Excmo. Sr. D. EMILIO ZAPATERO VILLALONGA



C.164-3



MUSEO MUNICIPAL
BIBLIOTECA

PREGON SEMANA SANTA VALLADOLID 1994

Por Excmo. Sr. D. EMILIO ZAPATERO VILLALONGA

VALLADOLID
VICARIO GENERAL

Este libro pertenece al Museo Municipal de Valladolid y debe ser devuelto al Museo Municipal de Valladolid en el momento de su devolución. No se permite su venta ni su préstamo. Depósito Legal: VA 1874



124441
0-1400

A. 20.274

Edita: Excmo. Ayuntamiento de Valladolid y Junta de Cofradías de Semana Santa
Fotografías: José María Pérez Concellón y José David Redondo
Compone e Imprime: Imprenta Municipal
Depósito Legal: VA-148/94

ARCHIVO MUNICIPAL
BIBLIOTECA

PREGON SEMANA SANTA VALLADOLID 1994

Por Excmo. Sr. D. EMILIO ZAPATERO VILLALONGA

Biblioteca del Archivo



1364984
C.164-3

ARCHIVO MUNICIPAL
BIBLIOTECA

R. 20.274

Excmo. y Rvdmo. Sr. Arzobispo, Ilmo. Sr. Alcalde de mi ciudad, de Valladolid, Sr. Presidente de la Junta de Cofradías de Semana Santa, representantes de las cofradías vallisoletanas que dais esplendor y brillantez inusitada a nuestros días de Pasión, queridos paisanos de este Valladolid del alma que nos encoge y nos dilata el espíritu, lo mismo que pone a prueba nuestros pobres organismos con fríos y calores excesivos, fuera de toda ponderación y equilibrio.

Cuando nuestro Alcalde, Tomás Rodríguez Bolaños se dirigió a mi en amable y calurosa invitación para que pronunciara este pregón que aquí nos congrega hoy, me apresure a comunicarle mi aceptación sin dudarle ni una décima de segundo pues tal defe-

rencia y tamaño honor no admitían la negativa y ni siquiera la menor duda o vacilación. No puedo ocultar tampoco la gran ilusión que me producía la ocasión de convertirme en pregonero, en vocero de excelencias artísticas y religiosas de la Semana Santa de mi ciudad, de mi Valladolid de niño, de joven y de adulto, que allá, en los primeros años de mi conocimiento me hiciera hasta soñar, como mas adelante les contaré.

Sin embargo, cuando comencé a pensar en el posible contenido de mi pregón, me fui dando cuenta de la magnitud de mi responsabilidad. Ahí era nada, tratar de decir algo original, algo nuevo de la Semana de la Pasión de Cristo en Valladolid, que ha sido glosada y contada por los primeros poetas y escritores de nuestro tiempo y cuyos pregoneros has sido nada más y nada menos que Francisco de Cossío, Francisco Javier Martín Abril, Dionisio Ridruejo, José María Luelmo, Francisco Pino, Camon Aznar y D.Marcelo González.

A mi mente acudió enseguida el recuerdo del magnifico pregón del año pasado sin ir mas lejos, el del lingüista y académico de la Española, mi querido amigo Emilio Alarcos Llorach. ¿Cómo acercarme siquiera a la calidad de aquel pregón de tan preciosa construcción, y a tan original versión de la mejor Semana Santa del Mundo?.

También soy consciente de que mi palabra quiere difundirse en una ciudad, la nuestra, la mía, un tanto despegada de sus

propias glorias y esplendores, quizás una de las ciudades menos encerrada en si misma, menos provinciana de nuestra geografía más próxima y ello, en virtud de la progresiva desaparición de maneras de ser, de valores y hasta de escenarios urbanos que permitían vivir los Días de Pasión de manera muy diferente a como ahora los vivimos. A tales circunstancias habría de añadirse la del impresionante escenario en que se oirán mis pobres palabras, la iglesia del Monasterio de Santa María la Real de Huelgas, antiguo Palacio Real de Doña María de Molina, reina que dejó en nuestra historia claras huellas de bondad y sabiduría, a la sombra del imponente retablo de Gregorio Fernández y cerca, muy cerca del Cristo de Juan de Juni.

Ante tales consideraciones y reflexiones decidí tirar por la calle del medio y dejar correr mi palabra únicamente al compás del corazón, de los sentimientos, de las nostalgias que los vocablos "Semana Santa de Valladolid" han ido imprimiendo en mi memoria, en una palabra lo que aquello que trato de pregonar suscita en mi mente a su sola enunciación evocadora.

Si dejo, pues, correr mi verbo sin gobierno alguno, solo el del corazón como acabo de decir, no tengo mas remedio que retrotraerme a mi niñez de pantalón corto y de aquellos bombachos príncipe de galés de tono marrón que estrené, precisamente un Domingo de Ramos, como debía ser, de un posible 1946 ó 47; aparece en ese momento el recuerdo emocionado de la Salve a la Virgen de las Angustias al terminar la procesión de la Sagrada Pasión de

Cristo, el Viernes Santo ya bien entrada la noche. La hermosa y dolorida Virgen de Juan de Juni está de espaldas a su templo, "coram populo", mirándonos a nosotros, los cofrades y el pueblo expectante que llenan las calles y callejas entre la iglesia y el teatro Calderón y así comienzan a cantarse las notas de una de las oraciones que mas llenan el alma del creyente: "Dios te salve, Reina y Madre..." se van cantando el saludo y la alabanza y al final la suplica... "vuelve a nosotros esos tus ojos". La coral del seminario se ve respondida por la buena gente que acaba de contemplar el desfile de las tallas más impresionantes de la imaginería castellana. Al final, creo recordar que las bengalas iluminaban el rostro lacrimoso de Nuestra Señora de las Angustias que entraba lenta y pausadamente en su morada, mientras todas, todas las bandas que habían acompañado a las cofradías en la procesión entonaban la Marcha Real. Recuerdo muy bien que, como no podía menos de suceder, cada una de las agrupaciones musicales entraba con un tempo diferente, lo cual a mi me producía, aun si cabe, una mayor emoción, que se repite inevitablemente cuando esta escena única se viene una y otra vez a mi memoria.

Después había que volver corriendo a casa pues a las 12 de la noche, mi padre y yo debíamos ir con mi madre, otra vez a las Angustias, pues allí, las mujeres de Valladolid acompañaban a la Virgen en su terrible y dramática soledad.

No es extraño, pues, que cada vez que paso por delante de este tan vallisoletano templo y sus puertas están abiertas, entre sin

dudarlo a visitar a la Virgen de Juni; y mi recuerdo y mi devoción se repartan entre Ella y la que me dio el ser y me llevó por primera vez a la iglesia.

El Valladolid de entonces era una ciudad muy distinta de la nuestra de ahora. El Valladolid que muchos de Vds. y yo hemos conocido era una población mas bien destartalada, extendida sin ton ni son y sin mas límites impuestos que la línea del ferrocarril y el Pisuerga que creaban divisiones hasta sociales y que no se han paliado con túneles y puentes sino hace muy poco tiempo. No era ciertamente una ciudad hermosa, no, pero si era una ciudad plácida, mas bien levítica y universitaria, de funcionarios, estudiantes, cadetes, clérigos y seminaristas con sus bandas rojas y azules deshaciendo la monotonía de sus negras sotanas y sus graciosos bonetes.

La vida diaria en las calles era ciertamente apacible y en el silencio de las tardes de verano se oían claramente las campanas de las iglesias repicando junto al cielo azul cansado de tanto sol. También rompían el silencio de vez en cuando los pregones de los vendedores ambulantes: te silvestre, piñas, miel, arena ... artículos de primera necesidad para el ama de casa de entonces, y las bocinas estridentes de unos cuantos coches que aún no se habían adueñado por completo de nuestras avenidas estrechando aceras y haciendo que el paseo de una madre con el coche de su bebe resultara una aventura.

Era una ciudad en la que los niños jugábamos en la calle a la pelota y nos retirábamos a la acera cuando pasaba un coche. Era el Valladolid de los grandes cafés -Royalty, Cantábrico, Avenida...- del coche de la Central para ir a la Estación del Norte, de los entierros con coche de caballos y cochero a la federica, de tantas y tantas cosas de las que se ha ocupado con mucho más acierto que yo lo pueda hacer aquí y ahora, mi querido y admirado amigo Angel Allúe Horna.

De pronto y allá por los meses de marzo y abril todo se callaba, campanas, pregones y bocinas de automóvil y la gente andaba hasta más despacio como si sus ocupaciones y sus negocios hubieran perdido gran parte de su importancia primera. Aguzando el oído, se sorprendían ecos del rataplán de los tambores y notas brillantes de las trompetas que ensayaban su acompañamiento a los dolores de Cristo y de su Madre, subrayando y acentuando los sentimientos y devociones de quienes contemplarían después en pesado silencio el paso de imágenes y cofrades.

Ahora no se oye nunca plañir trompetas ni sonar tambores en las tardes de Cuaresma. No sé si se esconden demasiado o todo lo ahogan los gritos y las estridencias o, a lo mejor, es que nuestra prisa para ir no se sabe muy bien adonde, no nos permite pararnos un momento y tratar de discernir los tambores y las trompetas de todo lo demás.

Por eso, cuando hace muy pocos días, en un andén de la Estación del Norte, oí en la lejanía redobles de tambor y sonidos brillantes de trompetas que ensayaban sus pasos de procesión, me conmoví quizás en demasía y no quiero ocultar que allí mismo se me agolparon los recuerdos y las vivencias que ahora estoy tratando de desgranar ante ustedes, lo mismo que le sucediera a Proust con su tantas veces citada Madalena.

Tras la alegría del Domingo de Ramos y su Procesión de las Palmas que yo recuerdo siempre enmarcada en la calle Platerías y bajo un sol resplandeciente, ocurría algo que ahora a los niños y jóvenes les parecería insólito e inconcebible, propio de otra civilización lejana y extraña. El Jueves y Viernes Santo la ciudad se paraba y quedaba en absoluto silencio, como esperando la solución del misterioso enigma de la Cruz y del Divino Delincuente. A nadie se le ocurría que pudieran abrirse un cine o un teatro, las emisoras de radio no transmitían mas que musica clásica, procesiones y cultos religiosos y, ¡pásmense Vds.!, se interrumpía la circulación de automóviles de manera rigurosa y absoluta en toda la ciudad. De tal manera esto era así, que una vez que mis padres y yo fuimos a una cercana ciudad el Jueves Santo en el coche de un tío mío, este tuvo que dejar su vehículo la noche anterior "fuera el puente", como se decía cuando, no había mas puentes que el Colgante y el Mayor para unir las dos márgenes del Pisuerga y, desde luego, la expresión "fuera el puente" quería decir únicamente al otro lado de "la gran puente" como dijera el romance de Don Pero Ansúrez refiriéndose, claro esta, al viejo puente de piedra que llamamos Mayor.

En aquella Semana Santa de mi niñez había detalles de ingenuidad conmovedora, entre ellos, una rivalidad familiar, ciertamente infantil, ocasionada por la Cofradía de Las Siete Palabras de la que eran cofrades y hermanas de devoción entusiastas mis tíos Zapatero, los hermanos de mi padre, en cuyos balcones por cierto, en casa de mi abuela, encima de su comercio de peletería, presencié yo casi de recién nacido mis primeros desfiles procesionales; tal afiliación era objeto de mis tiernas y jocosas polémicas entre mis tíos y yo, que era y soy, cofrade de la del Santo Entierro, de cuya hermandad fue mi padre fundador allá en 1931.

Tal era mi entusiasmo por salir en la procesión del Viernes Santo con el impresionante Cristo Yacente de Gregorio Fernández, con mi precioso hábito de terciopelo, de cola y galones de oro que, no pocas veces, soñaba que en el camino de mi casa a la iglesia del Monasterio de San Joaquín y Santa Ana, donde tiene su sede y de donde parte la cofradía, encontraba tales obstáculos e impedimentos, que no podía llegar a tiempo de incorporarme al desfile de los demás cofrades. Puedo asegurarles a Vds. que la pesadilla me resultaba realmente angustiada.

Cuando yo era muy chico, no recuerdo otras procesiones que las de las Palmas, el Domingo de Ramos, la del Vía Crucis del Miércoles, la de la Caridad y Penitencia del Jueves Santo y, finalmente, la gran apoteosis artística y religiosa de la llamada Sagrada Pasión del Salvador, a la que, año tras año, fueron incorporándose

las escasas estampas que faltaban en la más completa representación artística y plástica de la Pasión del Señor.

Nuestro clima que tantas malas jugadas nos ha hecho a los vallisoletanos, sobre todo a los hombres que pasan sus vidas encorvados sobre el suelo y mirando ansiosos al cielo por que de la tierra y sus frutos y del cielo viven; nuestro clima, decía, a restado a veces brillo a nuestras procesiones e incluso, la lluvia llevo a ocasionar la suspensión del gran desfile religioso del Viernes por la noche dos veces que yo recuerde. Sin embargo, la mañana del Domingo de Ramos aparece siempre en mi memoria luminosa y clara, y las palmas altas y esbeltas brillando al sol que las hace de oro, "Alto soy de mirar a las palmeras" que dijera el poeta. El viento apenas mueve los velos blancos de las niñas y las ramas de las palmas mas altas llegan a los primeros balcones y parece que se enredan en las rejerías.

Se oyen bien las voces infantiles que cantan "Gloria al Hijo de David, Sol inmenso de bondad", bien entonadas las notas por la banda de música que, desde el corrillo avanza hasta la hermosa calle de Platerías con el telón de fondo impresionante de la iglesia-museo de la Vera-Cruz, sede de la secular cofradía del mismo nombre.

Los niños de la ciudad dan así escolta al paso mas antiguo y también más ingenuo de cuantos desfilan por las calles en la Semana Santa vallisoletana. Sus figuras son de madera y lienzo encolado, como lo eran cuantas componían los pasos que las cofradías

poseían hasta finales del siglo XVII como señalan mis queridos amigos José Delfín Val y Francisco Cantalapiedra en su magnífico libro "Semana Santa en Valladolid" y en que tantos datos he podido consultar cuando a ello me ha incitado la necesidad o la simple curiosidad.

El miércoles salía la procesión del Vía Crucis que recorría las catorce estaciones marcadas con unos sencillos telones negros sobre las columnas de piedra de la Fuente Dorada y la Acera de San Francisco desde donde yo solía contemplar el paso de Cristo camino del Calvario.

El padre Valentín M. Sánchez Ruiz en su misal latino-español dice en su introducción a los cultos del Jueves Santo:

"La majestuosa liturgia de esta solemnidad está consagrada a celebrar la institución de la divina Eucaristía. Por un momento olvida la Iglesia su tristeza y se reviste sus mejores galas para festejar a su Esposo disfrazado en el Santísimo Sacramento."

Efectivamente, tal y como reza en el dicho popular, el Jueves Santo y los otros dos que todos sabemos, relucían mas que el sol. Yo no sé muy bien por qué, pero cuando recuerdo ahora los Jueves Santos de mi infancia y mi juventud primera, se me antojan teñidos de no se que atmósfera o barniz orientales. Mi Jueves Santo está lleno de sensaciones físicas, de luminosidad, de belleza y esplendor en los monumentos que se levantaban en cada iglesia en

loor del Santísimo Sacramento, de la contemplación de hermosas mujeres tocadas con peinetas que aumentaban su esbeltez y el misterio de sus caras y sobre todo de sus ojos a medias ocultos por la mantilla española de blonda; y hasta los olores se mezclan en mi memoria y el incienso y las rosas blancas junto con las luces y el tilar de las velas producían un tenue mareo embriagador.

Yo recuerdo la visita de los monumentos con mis padres y mis hermanas. Mi padre imponía siempre las iglesias de las Catalinas, las Isabelas y San Quirce. Ese gusto paterno ha dejado huella en mí y me siguen gustando esas calles que conservan un cierto sabor medieval, con tapias blancas y viejos portones de madera, tras los que un puñado de mujeres felices viven, trabajan y rezan por el mundo que dejaron de puertas afuera.

Los monumentos del Jueves Santo se adornaban con todo lo que de más valioso contara cada parroquia o cada convento, y con cientos de flores blancas; yo no las recuerdo más que de ese color. También es posible que algunos niños revistieran ese día sus trajes de primera comunión, o así sucede al menos en mi recuerdo.

La procesión de Caridad y Penitencia me emocionó siempre de una manera muy particular. En ella, el impresionante Cristo del Perdón y la Quinta Angustia del gran Gregorio Fernández, escoltados por sus cofradías y, creo recordar que por médicos y magistrados, hacían estación primero en el antiguo hospital provincial y clínico donde se impetraba la salud de los enfermos del primer

centro sanitario de la ciudad y las imágenes sagradas volvían sus rostros hacia la fachada principal de aquella casa del dolor, de la que mi padre había sido alumno interno y en la que, no tardando, yo haría también mi aprendizaje de médico.

Producía verdadera e indescriptible emoción ver como los enfermos que podían abandonar su lecho se asomaban a las ventanas para contemplar desde allí las sagradas imágenes. Resultaba todo ello realmente patético y claramente expresivo de una fe, quizás sencilla, pero sin límites.

La segunda parada de la procesión tenía lugar frente a la cárcel -Procesión de la cárcel le llamaba la gente- y allí se cantaba algo que ponía verdaderamente un nudo en la garganta y humedecía los ojos: "Perdón oh Dios mío, perdón e indulgencia, perdón y clemencia, perdón y piedad" y luego, las estrofas de la Salve eran entonadas alternativamente por quienes estábamos de uno y otro lado de los muros de la prisión. Al final, se ponía en libertad a un preso que, vestido con el hábito de la Cofradía del Santísimo Cristo del Perdón, única que tenía el privilegio de liberar un reo en tal día, alimentarle, vestirle y buscarle un empleo, empujaba el paso junto con los demás cofrades.

El Viernes Santo celebraba la iglesia su liturgia en la primera hora de la tarde "con profundo duelo y con inmensa gratitud" como decía el padre Sánchez Ruiz en su misal. Yo recuerdo perfectamente los oficios de tinieblas en mi querida capilla del Colegio de

Lourdes y de ellos se me han quedado grabados dos detalles que me llamaron siempre la atención: el mandato que seguía a cada una de las oraciones que pronunciaba el celebrante, "flectamus genua" "levate", doblemos las rodillas, levantémonos. También recuerdo como, después de cada salmo se iban apagando cada una de las nueve velas que lucían en el altar y cómo, después del último salmo, que era precisamente el "miserere", golpeábamos el banco de adelante con nuestros misales o se hacía girar la carraca por quienes tuvieran la suerte de poseer una.

Por la tarde y después de una frugal comida (el Viernes Santo ayunan hasta los pájaros decía siempre mi madre) comenzaban los preparativos para trasladarse a casa de uno de mis tíos que vivía en la calle de Cánovas del Castillo y había que ir pronto, luego, si no, no te dejaban atravesar las calles y era realmente difícil abrirse camino a través de las apretadas filas de gente que se agolpaba en las aceras para presenciar el paso de la procesión en los lugares privilegiados.

Habría que recordar en este punto que, desde bien pronto por la mañana, ya estaban las calles por donde había de pasar la magna procesión de la tarde, cubiertas de sillas y taburetes de toda clase y condición que los vecinos colocaban en primera línea de las aceras, unidos con cuerdas y al cuidado de la chiquillería que se entretenía jugando en la calzada, leyendo tebeos y comiendo pipas de girasol, cuyas cascaras serían en buena parte arrastradas y barri-

das por las brillantes colas de terciopelo galonado de oro de mi querida cofradía de El Santo Entierro.

De pronto, allá por las ocho y media o las nueve de la noche y en pleno juego infantil, alguien decía: ¡Ya vienen! ¡ya vienen!. Se empezaban a oír lejanas notas de trompeta y rítmicos acordes de tambor. A mi me recorría el cuerpo una especie de temblorcillo emocional y corría a coger un buen sitio en mi balcón preferido.

A paso lento, en sus blancas cabalgaduras, sus uniformes de gala y sus sables rutilantes, asomaba la guardia civil que abría paso al resto del desfile procesional. Tras los caballos de la benemérita, un barrendero municipal, provisto de escoba y cogedor, se encargaba de hacer desaparecer el rastro impuro que los animales dejaban detrás, como el del poema.

Detrás venían las mas bellas y artísticas imágenes que darse pueda y en una serie y cantidad tal que es imposible hacer coincidir y aunar en otra cualquier procesión de cualquier parte del mundo. Son estos pasos herederos de aquellos que en 1605 y según Pinheiro da Veiga, siendo de bulto, de altura proporcionada y los mas bellos y hermosos que se puedan imaginar, no eran sino de cartón y lino. Pues estos de ahora son de noble madera de pino y con tal fuerza de expresión tallados que mueven a compasión y amor a quienes los contempla.

Todos los vallisoletanos conocemos las leyendas que alrededor de alguna de nuestras imágenes se han tejido, como aquella que quiere que el modelo que utilizó Juan de Juni para tallar su Virgen de las Angustias fuese la propia hija del escultor a punto de morir de una enfermedad del corazón. De aquí el que, según algunos, las manos y los pies de nuestra Dolorosa de los cuchillos estén un tanto abultados, como lo estaban los de la enferma a causa de los edemas propios de su cardiopatía. Quiere precisamente la tradición que, a causa del desmedido tamaño de uno de sus pies que asoma bajo el manto, la imagen fuese rechazada por la cofradía de un pueblo de la provincia que la había encargado a Juni, y que la Madre del Gran dolor fuera desde entonces conocida, de un modo un tanto irreverente, como "la zapatona".

Parece probable, sin embargo, que Juni se inspirara en alguna pintura del "quattrocento" italiano para esculpir la divina imagen.

Se contaba también como, a Gregorio Fernández tras esculpir su impresionante Cristo atado a la Columna, se le apareció el propio divino Modelo que le habló diciendo: ¿Donde me viste que ten bien me retrataste? -En mi corazón Señor-, contesto el escultor.

Todos los vallisoletanos sabemos también que ese monumental paso de El Descendimiento, que tiene su morada en la Iglesia Penitencial de la Vera-Cruz, era de antiguo conocido en el pueblo como "El Reventón". Decía la leyenda que tal nombre procede

de que en 1741, cuando se sacaba el paso de la iglesia de la Vera-Cruz a hombros de los costaleros, la imponente mole de tres toneladas y media aplastó a uno de ellos contra uno de los pilares del pórtico de la iglesia. Según Ventura Pérez en su "Diario de Valladolid", el desgraciado costalero fue trasladado en grave estado al Hospital General lo cual quiere decir que el pobre sujeto no murió en el momento al menos.

Caída ya la noche, aquellas sagradas imágenes alumbradas por las luces temblorosas de los hachones tenían un singular poder de evocación de historia sagradas oídas de labios de quienes nos instruían en la Fe. Fe que habría de sufrir en mi caso avatares increíbles a lo largo de mis venturas y desventuras vitales.

"Quizás, no hay en parte alguna del mundo una procesión mas teatral que la de Valladolid", dice D. Francisco de Cossío en el prólogo al tantas veces mencionado libro de Delfín Val y Cantalapiedra, y añade, "una teatralidad fervorosa pero en su desarrollo patética. Lo que importa es que, sin duda, en el mundo no existe cortejo procesional como éste. Solamente el drama de la Pasión en Valladolid se ha venido a transformar en misterio".

A lo largo de los años fueron apareciendo singulares novedades, cofradías nuevas que se hermanaron con las demás de las que de la Vera-Cruz y la de Nuestra Señora de las Angustias son, sin duda alguna, las mas antiguas, nuevos ornamentos como la gran trompeta de las Siete Palabras que comenzó llevando sobre su

hombro Santiago Martínez y nuevos pasos como el de la Sagrada Cena tan discutido en su momento y tan aceptado al poco tiempo de su primera salida en 1958. También recuerdo aquella primera vestimenta del la cofradía del Descendimiento que, según lo describen José Delfín Val y Francisco Cantalapiedra, tantas veces citados, consistía en un "hábito talar compuesto por túnica verde, con cingulo y capa encarnados, terciada ésta a semejanza de San Juan Evangelista. El tocado de la cabeza consistía en un turbante al estilo de la época con velo de mascarilla por la cara. Como calzado, unas sandalias de baqueta". El hecho es que aquella especie de vestimenta teatral resultaba en verdad poco estética y que, al cabo de muy poco tiempo, fue sustituida por el elegante hábito actual de túnica y capirote morados y cingulo y capa blancos.

Fue así formándose la actual procesión de nuestro Viernes Santo que tuviera sus orígenes en una conversación de don Francisco de Cossío con el Arzobispo Gandásegui y el Rector de la Universidad D. Cayetano de Mergelina y Luna.

Más he aquí, que en el venturoso año de 1943 y por iniciativa de la cofradía de las Siete Palabras, que jugo ciertamente el papel de acicate y revulsivo de la Semana Santa Vallisoletana, a las doce del mediodía del Viernes de la Cruz, como se dice de antiguo en su pregón, la Plaza Mayor de la ciudad se convirtió en inmenso templo de oración, cuyos coros y tribuna eran el edificio del Ayuntamiento y su retablo principal el paso llamado "Cristo entre los

dos ladrones" que daba espalda al lugar que otrora radicara el convento de San Francisco.

En el aire de la Plaza Mayor vallisoletana han quedado clavadas ya cincuenta veces, en cincuenta Viernes de la Cruz, las Siete Palabras que "Cristo Nuestro Bien", como seguía diciendo el pregón del sermón, "Dijo desde la Cruz". De aquellos cincuenta sermones de las Siete Palabras, permanecen en mi memoria los tres que pronunciara mi amigo del alma José Luis Martín Descalzo, con aquel afán tan suyo que tantas incomprendiones y disgustos le produjo y que tanto nos benefició a quienes anduvimos a veces alejados de Dios y con animo contrito, de aproximar la lectura del Evangelio al hombre de hoy, a su prójimo.

Y como no recordar el cálido, sobrio, y elegante verbo de acento inconfundible del hoy Cardenal Primado de Toledo González Martín, nuestro Don Marcelo de siempre, que pronunció el Sermón en dos ocasiones, bien cercana la última de ellas y que dejaron siempre honda huella en quienes tuvimos la fortuna de escucharle.

Cierto es que el Sermón fue siempre oído con gran recogimiento y atención por el pueblo devoto, excepto en una ocasión en que la solemne predicación se aprovechó para rodar unas escenas de "Una muchachita de Valladolid", la película cuyo guión se basaba en la comedia del mismo título que escribiera Joaquín Calvo Sotelo. Pues bien, durante aquel Sermón, las gentes estuvieron mas

atentas a las carantoñas que se hacían Conchita Velasco y Alberto Closas en uno de los balcones del antiguo Hotel Moderno, que a las palabras del reverendo y paciente predicador.

Antes del Sermón, en la mañana del Viernes, unos cuantos cofrades sobre blancos caballos bien engualdrapados de rojo y blanco, acompañados de timbales y trompetas y capitaneados por Antonio Gimeno, recorrían la ciudad parándose en plazas, plazuelas y esquinas y allí Antonio y luego su hijo Chus, que tan pronto se fue con aquel cuyas palabras pregonara, lanzaban al aire los versos de un poeta vallisoletano y después voceaban su pregón. Al cabo de los años Chus Gimeno fue sucedido por su hijo Alvaro. La dinastía, pues, se perpetúa felizmente en el oficio de pregonero de la Palabra de Dios.

Yo recuerdo de memoria aquel poema, uno de los primeros si no el primero de ellos, de D. Narciso Alonso Cortés que tantos vallisoletanos de entonces tenemos en la memoria a buen seguro y cuya primera cuarteta decía así:

*“Con voz augusta, con sacro acento,
llevando al alma divino afán,
bajo la bóveda del firmamento
siete palabras resonarán”*

También han quedado impresos en mi alma los versos que para tal ocasión escribiera la madre de M^a Pilar, mi mujer, y que por lo tanto fue mía; decía Pilar Moliner al comienzo de su poema:

*“Un calvario. Una Cruz. Un moribundo
clavado en ella por la furia loca;
el Hombre Dios, agonizando invoca
sea su sangre redención del mundo”*

Y, como no recordar también el precioso poema de Francisco Pino que sirvió de pregón en 1957:

*“Viajero, ven a sentir,
con Abril y con la rama,
dolor que la flor reclama
en lo que vienes a oír;
desde el cerme va a crujir
hasta el gromo la madera;
tu flor -la que Dios empera-
le cuesta a Jesús morir;
viajero, ven a sentir
su muerte y tu primavera.”*

Aquellos momentos de esplendor y de descubrimiento por propios y ajenos de la Semana Santa Vallisoletana se debieron en buena parte a un gran vallisoletano que tantas cosas hizo por esta ciudad en momentos críticos y bien oportunos, porque quien

mas veces se anduvo aquella procesión del Viernes Santo en uno o otro sentido, desde la Oración en el Huerto a N.^a Señora de las Angustias y desde la Virgen de las Angustias al Huerto de los Olivos, fue Ramón Pradera Orihuela, quizás el vallisoletano que más ha trabajado por su ciudad con un desinterés tan absoluto que hoy nos parece como extraño y propio quizás de otro plantea, de otra galaxia, de otra edad.

Hoy, el programa de celebraciones y procesiones se ha enriquecido de manera extraordinaria, hay muchas procesiones y todos los días de la Semana, hay desfiles de madrugada y mujeres penitentes -¿Por qué no habían de acompañar las mujeres a Cristo y a su Madre cuando así lo hicieron aquellas que las Sagradas Escrituras llaman las Santas Mujeres?- y más tambores y trompetas que nunca.... y siempre como precioso trasfondo de arte y de belleza, únicos en el mundo, los templo penitenciales de la Vera-Cruz y de N.^a Señora de las Angustias, y las mil y una iglesias de la ciudad que albergan tesoros innumerables de arte y expresión popular de fe y devoción... y el inmenso tesoro que alberga nuestro incomparable, porque no hay otro, Museo Nacional de Escultura y el magnífico Museo Diocesano, tallas de Berruguete, Juni, Gregorio Fernández y Díaz de Tudanca.

Las procesiones siguen recorriendo nuestras calles en número incomparablemente mayor, como lo es el número de cofrades y penitentes y como lo es también la expectación del pueblo. Sin embargo, al llegar estos días de la Cuaresma (como sucede en Navi-

dad y en la propia Semana de la Cruz), me pregunto sin querer si los cristianos, si los católicos vivimos como debiéramos los tiempos litúrgicos y, entre ellos, la Semana Santa de la que ahora acabamos de glosar aspectos externos y espectaculares. Mucho me temo que la respuesta ha de ser negativa. Para nosotros, los cristianos de finales de siglo, Semana Santa suena casi solamente a vacaciones, a viajes, a mar, montaña y playa.

Líbreme Dios de la posible tentación de juzgar aquí ninguna conducta social. Bien hace el hombre de hoy en buscarse islas de paz y sosiego en medio de tanta agitación y tribulación que supone el mundo que nos ha tocado vivir.

Sin embargo, cercados y atribulados por tantos problemas de nuestro diario caminar en la tierra: la falta de trabajo, la marginación de tantos hermanos, las drogas, las injusticias de todo orden y clase, la violencia, la guerra... ¿no sería bueno y útil para todos destinar algún día del próximo descanso para volver la mirada a la Virgen Dolorosa y a tantas otras madres afligidas y heridas en su alma por los cuchillos de la droga, la prostitución, el paro o la delincuencia de sus hijos?, ¿No sería razonable y prudente dirigir nuestro pensamiento al Hijo del Hombre en su vía dolorosa hacia el Calvario y contemplar en El a tantos Cristos heridos por las espinas y los azotes de la miseria, la violencia, la incomprensión o la marginarían social?

A todo ello os invita cordialmente este humilde pregonero cuya voz querría fuera escuchada en toda la tierra para que todos los hombres supieran de la manifestación religiosa de arte y de fe más importante del mundo y que tendrá lugar en Valladolid, ciudad imperial porque fue capital de las Españas y en cuya Corte supo hacer vivir y trabajar a los más excelsos escultores e imagineros que vieron los siglos.

